LA JMJ MADRID 2011 EN PERSPECTIVA

Lectura vocacional de un obispo sobre la JMJ.

¡Gracias, Santo Padre!

DOI: <https://doi.org/10.52039/seminarios.v58i203.324>

JUAN JOSÉ OMELLA OMELLA*

Mi buen amigo Alonso Morata, director de la Revista «Seminarios», me ha pedido que escriba unas líneas contando mi experiencia, y la de la Diócesis de la que soy pastor, sobre la JMJ de Madrid, agosto 2011.

Si mi reflexión sirve para algo, me daré por muy satisfecho, habida cuenta que lo vivido en la JMJ, no es obra mía, sino de Dios. Somos instrumentos en las manos de Dios. Él es quien lleva la nave de Pedro a buen puerto. Él es quien conduce nuestras vidas por caminos de esperanza. Él sabe darnos en cada momento lo que más nos conviene.

1. «VETE DE TU TIERRA Y DE TU PATRIA A LA TIERRA QUE YO TE MOSTRARÉ» (Gn 12, 1)

Cuando Abrahán oyó que Yahvé le invitaba a salir de su tierra, vivía en el desierto de Mesopotamia, pero se fió de Dios y fue al lugar que le indicaba.

Cuando el Santo Padre anunció que la JMJ del 2011 se celebraría en Madrid, La Rioja contaba con una pastoral juvenil no muy boyante, por lo que nos preguntábamos cómo podríamos responder a esa invitación del Papa y si lograríamos que un grupito de jóvenes se animase a ir a Madrid, a esa tierra que el Señor nos indicaba. Sí, nosotros escuchamos la invitación y, como Abrahán, nos pusimos en camino.

El primer tramo de ese camino fue organizar la acogida de la Cruz y del Icono de la Virgen, regalo del papa Juan Pablo II para la JMJ. Ha recorrido gran parte del mundo e iba a recorrer las diócesis de España que lo pidieran.

Llegó a La Rioja a primeros de mayo de 2009. Su presencia en parroquias, en la catedral, en el Hospital de la Seguridad Social junto a los enfermos, en la cárcel con los presos, con los sacerdotes el día de san Juan de Ávila, con la vida consagrada, recorriendo con los jóvenes un tramo del Camino de Santiago (desde Cañas a Santo Domingo de la Calzada) y la despedida en la ciudad de

* Obispo de Calahorra-La Calzada-Logroño (España).

Calahorra, sede de la diócesis, fue el primer gran «chaparrón» de gracia de Dios para empezar a mover la pastoral juvenil. El paso de la Cruz nos dejó un poso de ilusión y de esperanza inimaginables. Algo empezaba a moverse y debíamos aprovechar ese momento de empuje y de «llamada de Dios a nuestros corazones» para dejarnos conducir como Abrahán.

De hecho, cuando se nos pidió a los obispos en la Asamblea Plenaria de la Conferencia Episcopal que indicásemos qué diócesis querían acoger peregrinos en los días previos a la celebración de dichas Jornadas, enseguida dije que La Rioja sería diócesis de acogida. Cuando regresé a Logroño, llamé al delegado de pastoral juvenil y le dije que había anotado nuestra diócesis entre las que acogerían a jóvenes. El delegado se asustó y me preguntó si lo había pensado bien, ya que creía que no había estructura humana suficiente para ello, puesto que la pastoral juvenil no atravesaba buenos momentos y contaba con muy poca gente.

El siguiente susto lo recibió el delegado cuando nos indicaron que tendríamos que acoger a 4 000 peregrinos. Le dije: «No te asustes y ponte manos a la obra, procura ir a todas las reuniones de delegados diocesanos y déjate en las manos de Dios». Nunca podré agradecer suficientemente la generosa disposición del delegado junto con su equipo de la delegación. Se entregó con alma y corazón a la tarea y se empezó a organizar todo de manera que los 4 000 jóvenes que se pensaba llegarían a nuestra diócesis fuesen bien acogidos. Al final solamente pudieron venir 2 500, pero todos fueron muy bien recibidos gracias a la buena organización, a la presencia de un estupendo equipo de voluntarios, a la disposición de parroquias y ayuntamientos, que hicieron lo indecible para que esos peregrinos se sintieran como en casa.

La estancia de los 2 500 peregrinos en nuestra diócesis fue un momento sublime de fraternidad, de entrega, de ilusión, de descubrir que entre los jóvenes del mundo entero (a nuestra diócesis vinieron de Japón, de Chile, Venezuela, Italia, Francia, Alemania, Bélgica, Holanda, Rumanía) hay una fe profunda, un gran amor a la Iglesia, una entrega generosa y sencilla a los pobres, sin alarde de propaganda alguna. Había que ver cómo se atendía a los más de 50 jóvenes discapacitados físicos y psíquicos de las diócesis de Angers y de Tours. ¡Qué precioso regalo fue la presencia de esos discapacitados en esas jornadas!

Sí, fue impresionante ver cómo esos jóvenes que venían de lejos y que eran como todos los jóvenes del mundo, alegres y bulliciosos, rezaban en silencio, adoraban al Santísimo en una actitud de inmenso respeto y compartían sus experiencias con toda sencillez.

¡Cuánto disfrutamos el día de la despedida de esos peregrinos venidos de tantos países diferentes! Calahorra se vistió de fiesta. El señor alcalde y miembros de la corporación municipal los acogieron en la Plaza del Ayuntamiento y, posteriormente, recorrieron las calles de la ciudad con la alegría ruidosa propia de jóvenes, saludando, charlando con toda la gente, dejando un halo de alegría

y de fiesta verdaderamente envidiables. Decían los encargados de la limpieza de la ciudad: «Se nos ha pedido que vayamos limpiando la plaza y las calles por donde pasan estos jóvenes, pero no sabemos para qué hemos venido pues no ensucian nada, lo dejan todo tal como estaba». Tuvimos una comida de fraternidad en el parque cercano a la catedral y, por la tarde, en una zona céntrica de la ciudad, celebramos la Eucaristía, terminando con la despedida de todos ellos, pues al día siguiente emprendían el viaje a Madrid, al encuentro con el Papa. La celebración de la Eucaristía será recordada durante mucho tiempo. Fue impresionante el número de asistentes. El clima de silencio, de respeto y de oración llegaba a tocar el corazón de la gente. No se necesitaba traducir a los distintos idiomas que hablaban los jóvenes venidos de fuera. Todos entendíamos los grandes signos que se empleaban: el amor, la fe en un solo Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, el gozo de pertenecer a una gran familia, la Iglesia católica, que abraza a todos traspasando los pequeños límites de nuestro pueblo o nuestra región, de nuestras pequeñas ideologías o miserias. Me decía una persona mayor que asistió a esa celebración: «No he parado de llorar durante la Misa. He llorado de alegría, viendo esa juventud tan sana, tan llena de fe, tan alegre, tan respetuosa con el misterio que estábamos celebrando. Me consuela pensar que se avecina un futuro grande, que la fe no desaparece de nuestro sociedad y que estos jóvenes llevan la antorcha del Evangelio bien encendida y el mundo irá a mejor».

Escuchándole, me venían a la mente las palabras de Jesús en el Evangelio cuando dice: «Te doy gracias, Padre, Señor de cielo y tierra, porque has escondido estas cosas a los sabios y entendidos, y se las has revelado a los pequeños» (Mt 11, 25). La gente sencilla percibía, y percibe, que en esos jóvenes se anuncia una nueva primavera para la Iglesia y para el mundo, aunque nuestra ceguera, nuestros prejuicios muchas veces, nos lo impiden ver. Todo lo que toca el Espíritu de Dios lo renueva, lo hace nuevo. Ya lo decía el profeta Isaías: «Mirad que realizo algo nuevo; ya está brotando, ¿no lo notáis?» (Is 43, 18).

El paso de los peregrinos por nuestra diócesis abrió en el corazón de mucha gente un reguero de esperanza. El testimonio de los jóvenes, el número de voluntarios que se comprometieron en la acogida de peregrinos, las personas e instituciones que facilitaron las cosas para que esa acogida pudiese llevarse a cabo, todo ello ha supuesto una gran «movida» que culminó en la gran peregrinación a Madrid para participar en la JMJ.

De regreso a casa, al finalizar la JMJ 2011, escribí en la Hoja Diocesana «Pueblo de Dios», que se distribuye por todas las parroquias y comunidades religiosas, lo siguiente:

En primer lugar, quiero agradecer a nuestras comunidades cristianas de la Rioja la acogida que dispensaron a los 2 500 jóvenes de diferentes países y continentes, en los días previos a las Jornadas con el Papa. Ciertamente, nuestra tierra se llama y es «Tierra abierta, tierra acogedora». Os desvivisteis por acoger a todos y para que todos se sintieran

como en su casa. Gracias a tantos y tantos voluntarios que hicieron posible ese milagro de hospitalidad. Gracias a los organizadores y gracias a todas las instituciones, Gobierno, Consejerías, Ayuntamientos, asociaciones, cofradías, miembros de la vida consagrada, sacerdotes, familias... ¡Qué Dios os bendiga y os devuelva vuestra generosidad como Él sabe hacerlo! Nosotros nos quedamos cortos a la hora de agradecerlo. Confío en que el paso de esos jóvenes por nuestra tierra, y la movilización de tantas personas en la acogida, produzca frutos abundantes de comunión y de esperanza, en una comunidad cristiana en la que la presencia de los jóvenes sea cada día más fuerte.

En segundo lugar, deciros que, ya en Madrid, me impresionó ver cómo los jóvenes se interesan por la persona de Jesús, el Hijo de Dios, y por su Mensaje. Fueron cerca de dos millones los que estuvieron en Cuatro Vientos con el Papa. Y luego dirán algunos que los jóvenes son unos descreídos y que no les interesa la Iglesia y el Mensaje Evangélico. ¡Gracias, queridos jóvenes, por vuestro testimonio, por vuestra entrega gozosa a Cristo! Seguid así, sin avergonzaros de vuestro bautismo.

En los tres días anteriores a la llegada del Santo Padre, muchos obispos, dimos una catequesis diaria a los jóvenes en distintas parroquias de la ciudad. Me impresionó la atención con la que seguían la catequesis, la disposición a abrir los corazones para mejor acoger a Cristo, que se hacía presente en la celebración de la Eucaristía que tenía lugar después de la catequesis. ¡Cuántos fueron los que se acercaron al Sacramento de la Confesión y a recibir el Cuerpo del Señor en la Misa!

Y qué decir de la multitud que acudía a la capilla del Seminario de Madrid a hacer una hora de adoración ante el Santísimo, que estuvo expuesto día y noche, para pedir al Señor por el fruto espiritual de las Jornadas Mundiales de la Juventud recordando las palabras del Señor: «Lo que pidáis al Padre en mi nombre, yo os lo concederé».

Sí, fueron días intensos de oración y reflexión, pero también hubo tiempo para visitas culturales, convivencias festivas, encuentros entre los jóvenes de otros países y continentes que potenciaron la relación de amistad. ¡Cuántos jóvenes han aumentado la lista de direcciones postales y correos electrónicos con nuevos amigos!

Y todos han regresado a sus casas con la convicción de que es maravilloso ser cristiano y que merece la pena gastar la vida en seguir a Cristo y entregarla a los demás, tratando de ayudar a los más pobres y necesitados. Sí, el compromiso cristiano por los demás también les ha hecho vibrar en esos días y a muchos les ha llevado a comprometerse más plenamente.

Las Jornadas Mundiales de la Juventud han sido un paso de Dios por las vidas de los jóvenes; han sido un vendaval de aire fresco para nuestras comunidades cristianas. Gracias, Santo Padre, por su presencia entre nosotros. Gracias, jóvenes, por vuestra alegría bulliciosa y vuestra entrega generosa. Que este aire fresco, que la gracia recibida no desaparezcan de nuestras vidas. Se lo pedimos con gran fe al Señor.

Como Abrahán al llegar a la tierra prometida, todos nosotros estábamos contentos, con el corazón en fiesta por lo que habíamos vivido y celebrado durante la JMJ en Madrid. Sin embargo, también mirábamos al futuro, igual que lo hizo Abrahán, con cierto temor, aunque al mismo tiempo con confianza, diciéndole al Señor que nos concediese la fuerza y el vigor necesarios para que el fuego que había prendido en el corazón de tanta gente no se apagase, no fuese flor de un día.

2. «¿QUÉ HACES AQUÍ, ELÍAS? VUELVE A TU CAMINO EN DIRECCIÓN AL DESIERTO DE DAMASCO» (1 Re 19, 13.15)

Una página muy hermosa del Antiguo Testamento nos presenta al profeta Elías subiendo al monte Horeb al encuentro con Yahvé. Allí, en el susurro de «una suave brisa», pudo contemplar la «gloria de Dios». Sintió el paso de Dios. Experimentó que Yahvé estaba con él, que le amaba y que le acompañaba en su camino. Y oyó cómo le animaba a volver a su lugar de origen para proclamar las maravillas de Dios, aún en medio de las dificultades que pudiera encontrar.

Podríamos catalogar la JMJ como una experiencia semejante a la de Elías. También nosotros sentimos que Dios nos invitaba a desandar el camino y volver a nuestro lugar de origen para anunciar y celebrar lo vivido durante esos días.

Por eso, la gran pregunta que nos hacíamos todos al empezar el curso pastoral era: «Y ahora ¿qué vamos a hacer?».

La Delegación Diocesana de Pastoral Vocacional, el delegado y equipo diocesano, vieron con claridad que la JMJ no era una meta, sino un camino que había que seguir recorriendo, aunque fuese trabajosamente. Por eso, nada más regresar a La Rioja se pusieron manos a la obra para revisar lo vivido en los días previos al encuentro con el Papa y en los días de Madrid, y programar el trabajo a realizar durante el año, con el fin de que las vivencias de esos días no se esfumasen con facilidad. No quieren, no queremos, que el campo de la pastoral juvenil se convierta en un desierto. Queremos que los jóvenes que asistieron al encuentro con el Santo Padre sean como un oasis al que puedan acudir otros jóvenes, cansados de caminar sin encontrar el agua que quita la sed; que sean como una palabra de luz en medio de las sombras, que ilumina sus vidas; que sean un espacio de profundidad y de alegría para vivir la fraternidad, y les abra horizontes de esperanza. Para ello, se ha hecho un plan con objetivos y acciones a realizar a lo largo de todo el curso, teniendo también la perspectiva de poder ir dentro de dos años, si fuese posible, a la JMJ de Río de Janeiro.

¿Qué acciones se han programado desde la Delegación Diocesana de Pastoral Juvenil? Indico algunas, entre las más significativas:

- Cuidar de manera especial a los voluntarios que trabajaron en la acogida de peregrinos en la diócesis.

- Hacer un seguimiento de los grupos de jóvenes que surgieron en algunas parroquias para asistir a la JMJ.

- Explicar al clero diocesano lo vivido en la JMJ y presentarles la programación del año con el fin de que puedan involucrarse a través de las comunidades o parroquias que están a su servicio.

- Participar en la Javierada para jóvenes, durante la Cuaresma, en coordinación con la pastoral juvenil de las diócesis de Pamplona y de Zaragoza.

- Seguir participando en la oración vocacional que todos los meses se organiza con los seminaristas.

–Ofrecer a los grupos juveniles estudiar y poner en común los preciosos textos que el papa Benedicto XVI nos regaló en la JMJ.

–Organizar una peregrinación a Taizé (Francia) en la primera quincena de agosto.

Somos conscientes de la fragilidad de nuestros grupos juveniles, pero no podemos dejar que la luz de esperanza y de fe que ha prendido en el corazón de muchos jóvenes desaparezca sin más. Es necesario que tanto por parte del obispo, como de los vicarios y responsables de la pastoral diocesana, se cuide la Delegación de la Juventud y los grupos de jóvenes que han surgido después de la JMJ. Es necesario también que las comunidades cristianas acompañen esa pastoral juvenil con su afecto y, sobre todo, con su oración permanente. «Sin mí no podéis nada», dice Jesús en el Evangelio. La pastoral juvenil progresará en la medida en la que todos estemos más centrados en el Señor y sepamos poner todas las acciones y actividades en sus manos.

Todos nosotros, mayores y jóvenes, obispos y sacerdotes, padres de familia y profesores, bautizados todos, deberíamos releer y tratar de hacer nuestras las preciosas palabras que el papa Benedicto XVI pronunció en Ifema, camino del aeropuerto para tomar el avión de regreso a Roma:

¿Qué quiere Dios de mí? ¿Cuál es su designio sobre mi vida? ¿Me llama Cristo a seguirlo más de cerca? ¿No podría yo gastar mi vida entera en la misión de anunciar al mundo la grandeza de su amor a través del sacerdocio, la vida consagrada o el matrimonio? Si ha surgido esa inquietud, dejaos llevar por el Señor y ofreceos como voluntarios al servicio de Aquel que «no ha venido a ser servido sino a servir y a dar su vida como rescate por muchos» (Mc 10, 45). Vuestra vida alcanzará una plenitud insospechada. Quizás alguno esté pensando: El Papa ha venido a darnos las gracias y se va pidiendo. Sí, así es. Ésta es la misión del Papa, Sucesor de Pedro. Y no olvidéis que Pedro, en su primera carta, recuerda a los cristianos el precio con que han sido rescatados: el de la sangre de Cristo (cf. 1 Pe 1, 18-19). Quien valora su vida desde esta perspectiva sabe que al amor de Cristo solo se puede responder con amor, y eso es lo que os pide el Papa en esta despedida: que respondáis con amor a quien por amor se ha entregado por vosotros.

Palabras importantes, para rumiarlas, para no olvidar.

En resumen: el encuentro personal con Cristo es el motor poderoso y permanente que sostiene una verdadera pastoral juvenil, una auténtica acción evangelizadora en la Iglesia. Pido de corazón a Santa María, Estrella de la nueva Evangelización, que nos ayude a sostener y acrecentar la antorcha de fe y esperanza que ha prendido en el corazón de los jóvenes durante la JMJ Madrid 2011.

Santo Padre, ¡gracias! Esperamos poder repetir en Río de Janeiro en 2013 la maravillosa experiencia de Dios en Madrid. ¡Hasta entonces!